

## ACERCA DE LA MUERTE DE BIEITO

Fue cerca del camposanto cuando sentí removerse dentro de la caja al pobre Bieito. (De los cuatro portadores del ataúd yo era uno). ¿Lo sentí o fue aprensión mía? Entonces no podría asegurarlo. ¡Fue un rebullir tan suave...! Como la tenaz carcoma que roe, roe en la noche, roe desde entonces en mi magín enfervorizado aquel suave rebullir.

Pero es que yo, amigos míos, no estaba seguro, y por tanto -comprendedme, escuchadme-, por tanto no podía, no debía decir nada.

Imaginaos por un instante que yo hubiera dicho:

-Bieito está vivo.

Todas las cabezas de los viejos que portaban cirios se alzarían con un pasmado asombro. Todos los chiquillos que iban extendiendo la palma de la mano bajo el gotear de la cera, vendrían en remolino a mi alrededor. Se apiñarían las mujeres junto al ataúd. Resbalaría por rodos los labios un murmullo sobrecogido, insólito:

-¡Bieito está vivo, Bieito está vivo...!

Callaría el lamento de la madre y de las hermanas, y en seguida también, descompasándose, la circunspecta marcha que plañía en los bronces de la charanga. Y yo sería el gran revelador, el salvador, eje de todos los asombros y de todas las gratitudes. Y el sol en mi rostro cobraría una importancia imprevista.

¡Ah! ¿Y si entonces, al ser abierto el ataúd, mi sospecha resultaba falsa? Todo aquel magno asombro se volvería inconmensurable y macabro ridículo. Toda la anhelante gratitud de la madre y de las hermanas, se convertiría en despecho. El martillo clavando de nuevo la caja tendría un son siniestro y único en la tarde atónita. ¿Comprendéis? Por eso no dije nada.

Hubo un instante en que por el rostro de uno de los compañeros de fúnebre carga pasó la leve insinuación de un sobresalto, como si él también estuviese sintiendo el tenue rebullir. Pero no fue más que un lapso. En seguida se serenó. Y no dije nada.

Hubo un instante en que casi me decido. Me dirigí al de mi lado y, encubriendo la pregunta en una sonrisa de humor, deslicé:

-¿Y si Bieito fuese vivo?

El otro rió picaramente como quien dice: «Qué ocurrencias tenemos», y yo amplié adrede mi falsa sonrisa de broma.

También me encontré a punto de decirlo en el camposanto, cuando ya habíamos posado la caja y el cura rezongaba los réquiems. "Cuando el cura acabe», pensé. Pero el cura terminó y la caja descendió al hoyo sin que yo pudiese decir nada.

Cuando el primer terrón de tierra, besado por un niño, golpeó dentro de la Fosa contra las tablas del ataúd, me subieron hasta la garganta las palabras salvadoras... Estuvieron a punto de surgir. Pero entonces acudió nuevamente a mi imaginación la casi seguridad del horripilante ridículo, de la rabia de la familia defraudada, si Bieito se encontraba muerto y bien muerto. Además, el decirlo tan tarde acrecentaba el absurdo desorbitadamente. ¿Cómo justificar no haberlo dicho antes? ¡Ya sé, ya sé, siempre se puede uno explicar! ¡Sí, sí, sí, todo lo que queráis! Pues bien... ¿y si hubiese muerto después, después de sentirlo yo remecerse, como quizá se pudiera adivinar por alguna señal? ¡Un crimen, sí, un crimen el haberme callado! Oíd ya el griterío de la gente...

-Pidió auxilio y no se lo dieron, desgraciado...

-Él sentía llorar, se quiso levantar, no pudo...

-Murió de espanto, le saltó el corazón al sentirse bajar a la sepultura.

-¡Ahí lo tenéis, con la cara torcida por el esfuerzo!

-¡Y ése que lo sabía, tan campante, ahí sonriendo como un payaso!

-¿Es tonto o qué?

Todo el día, amigos míos, anduve loco de remordimientos. Veía al pobre Bieito arañando las tablas en ese espanto absoluto, más allá de todo consuelo y de toda conformidad, de los enterrados en vida. Llegó a parecerme que todos leían en mis ojos adormilados y lejanos la obsesión del delito.

Y allá por la alta noche -no lo pude evitar- me fui camino del camposanto, con la solapa subida, al arrimo de los muros.

Llegué. El cerco por un lado era bajo: unas piedras mal puestas sujetas por hiedras y zarzas. Lo salté y fui derecho al lugar... Me eché en el suelo, arrimé la oreja, y pronto lo que oí me heló la sangre. En el seno de la tierra unas uñas desesperadas arañaban las tablas. ¿Arañaban? No sé, no sé. Allí cerca había una azada... Iba ya hacia ella cuando quedé perplejo. Por el camino que pasa junto al camposanto se sentían pasos y rumor de habla. Venía gente. Entonces sí que sería absurda, loca, mi presencia allí, a aquellas horas y con una azada en la mano.

¿Iba a decir que lo había dejado enterrar sabiendo que estaba vivo?

Y huí con la solapa subida, pegándome a los muros.

La luna era llena y los perros ladraban a lo lejos.

\*\*\*

## LA LUZ EN SILENCIO

Yo bien sé que mi caso no debe dar pie a ninguna nueva metafísica, y sí, solamente, a los análisis de algún médico sutil. Pero si yo fuese aficionado a las frases ingeniosas os diría que aquella noche fue cuando por primera vez sentí junto a mí la terrible presencia vacía del Señor Nadie. Lejos de mí la intención de meteros miedo, ya que, por lo demás, la cosa no tuvo importancia. Os diré cómo fue.

Desde hacía algunos años vivía en la ciudad. Allá en la pequeña villa donde yo había nacido y murieron mis padres, quedaban de la herencia familiar algunas tierras, una casa y, en la casa, unos cuantos trastos viejos... Un labrador fiel de toda la vida cuidaba de todo. Fue él quien me urgió, en una carta de letra enrevesada, a que fuese allá. Hacía falla que yo mismo buscase en los seculares montones de escrituras para esclarecer una disputa por cuestión de lindes.

Llegué casi de noche en el coche destartado que hacía diariamente el viaje entre mi pueblo y la cabeza de partido por donde pasaba el tren. Dos horas oyendo los gritos con que el cochero acompañaba el látigo y las coces que daba en las tablas del pescante para despabilar a los caballos ruines y desventurados.

En la casa mantuve una breve conversación con el labrador, mientras engullía la cena que me sirvió su mujer.

Después quedé solo revolviendo papeles en una amplia habitación -que había sido sala en algún otro tiempo- separada de mi alcoba por un largo corredor... Siempre fui propenso al sobresalto. La soledad, las tinieblas, el silencio, todavía hoy me inquietan.

Aquella noche, al quedarme solo -¿por qué no decirlo?-, el desasosiego comenzó a escarbar en mi imaginación.

La casa, de muros mohosos y viejas maderas, que ya de niño me imponía cierto respeto, ahora, llena de súbitas luces de recuerdo, me parecía todavía más laberíntica.

Los techos bajos, de vigas mal terminadas, daban a la sala una falsa amplitud. Además la escasa luz del trozo de cirio con que me alumbraba, hacía más imprecisos los límites de la habitación y más sospechosos todos los rincones.

Las tinieblas del corredor entraban en la habitación en frías bocanadas y se amontonaban junto a las paredes, estrechando su debilitado cerco para ahogar suavemente, como los criminales voluptuosos, la luz llena de sueño. El palpito de la llama espantaba por momentos el asedio de las sombras, pero de nuevo inundaban los ángulos en densos haces.

Hojeando las escrituras me di cuenta de que tenía que examinar unas notas que había dejado en mi alcoba. Me levanté y salí de la sala dejando en ella el cirio encendido.

Por el corredor las mil garras de las tinieblas, como picos de zarzas, me prendían la ropa. Pero no hice caso. Un hombre juicioso no debe hacer caso, aunque el latir del pecho sea un alboroto de fragua. Sin respirar pasé por delante de muchas puertas abiertas.

Sólo al llegar a mi alcoba saqué la caja de cerillas y rasqué una en la lija. Rasqué tres con roda serenidad. La tercera prendió. Para proteger la llama, que un viento traidor estuvo a punto de apagar, la oculté con mi mano. Después miré alrededor, desafiante... Nadie.

Recogí las notas, tiré la cerilla y me fui hacia la sala por el corredor. ¿Quién estaba allí ahora?

No vi a nadie. No vi más que el resplandor del cirio llenando el hueco de la puerta. Pero aquel resplandor «no podía estar solo». ¿Comprendéis? Aquella luz roja, inquieta, enmarcada en la puerta, me daba, no sé por qué, la extraña seguridad de que dentro había alguien, absorto en pensamientos de lógica inaccesible. Quizá al sentirme entrar levantase la cabeza para dirigirme esa mirada perpleja con que son acogidos los intrusos. Porque aquel resplandor "ya no era mío». Era suyo.

La luz roja no podía estar sola ni me pertenecía.

No sé si me dije todo lo que llevo dicho. Pero cuando me dispuse a entrar en la sala, iba resuelto a sostener dignamente aquel mirar perplejo...

Entré. Un latigazo de espanto me dejó yerto... En la sala, silenciosa y triste, no había nadie.

\*\*\*

## EL NIÑO SUICIDA

Cuando el tabernero acabó de leer aquella noticia inquietante -un niño se había suicidado pegándose un tiro en la sien derecha- habló el vagabundo desconocido que acababa de comer muy pobremente en un rincón de la tasca marinera, y dijo:

-Yo sé la historia de ese niño.

Pronunció la palabra niño de un modo muy particular. Así que los cuatro bebedores de aguardiente, los cinco de albariño y el tabernero se callaron y escucharon con gesto inquisidor y atento.

-Yo sé la historia de ese niño -repitió el vagabundo.

Y tras una sagaz y bien medida pausa, comenzó:

-Allá por el mil ochocientos treinta, una beata que después murió de miedo vio salir del camposanto florido y oloroso de su aldea a un viejo muy viejo desnudo. Aquel viejo era un recién nacido. Antes de salir del vientre de la tierra madre había escogido él mismo esa manera de nacer. ¡Cuánto mejor ir de viejo a mozo que de mozo a viejo!, pensó, siendo espíritu puro. A Nuestro Señor le chocó la idea. ¿Por qué no hacer la prueba? Y así, con su consentimiento, se formó en el seno de la tierra un esqueleto. Y después con carne de gusano, se hizo la carne del hombre. Y en la carne del hombre hormigueó el calorcillo de la sangre. Y como todo estaba listo, la tierra-madre parió. Parió un viejo desnudo.

Cómo después el viejo encontró ropa y alimento es cosa de mucha risa. Llegó a las puertas de la ciudad y como todavía no sabía hablar, los alguaciles, después de echarle una capa encima, lo llevaron delante del juez, como si hubiesen sido testigos: Aquí le traemos a este pobre viejo que perdió el habla con la paliza que le dieron unos ladrones desaprensivos. No le dejaron ni la ropa.

El juez dio órdenes y el viejo fue llevado a un hospital. Cuando salió, ya bien vestido y alimentado, le decían las monjitas: Va hecho un buen mozo. Hasta parece que perdió años.

Por aquel entonces ya había aprendido a hablar algo y se hizo mendigo. Así anduvo muchas tierras. En Lourdes estuvo dos veces, la segunda tan rejuvenecido que, los que le habían conocido la primera vez, pensaron que había sido un milagro de la Virgen.

Cuando adquirió suficiente experiencia pensó que lo mejor era mantener en secreto aquella extraña condición que lo hacía más joven cuantos más años corriese. Así, no sabiéndolo nadie —a no ser uno o dos amigos fieles— podría vivir mejor su verdadera vida.

Trabajó de viejo y se hizo rico para descansar de joven. De los cincuenta a los quince años su vida fue lo más feliz que imaginarse pueda. Cada día gustaba más a las muchachas y anduvo envuelto con muchas y con las más bonitas. Y hasta dicen que una princesa... Pero de eso no estoy seguro.

Cuando llegó a niño comenzó la vida a complicársele. Le daba miedo la sorpresa con que lo veían entrar tan libre en las tiendas a comprar golosinas y juguetes. Algún ratero de visera calada lo había seguido a veces a lo largo de muchas calles tortuosas. Y alguna vez comió sus golosinas temblando de angustia, con las lágrimas en los ojos y el almíbar en los labios. La última vez que lo encontré —tenía ocho años— estaba muy triste. ¡Cuánto pesaban en su espíritu de niño los recuerdos de su vejez!

Luego comenzó a atosigarlo día y noche una obsesión tremenda. Cuando pasaran algunos años lo recogerían en cualquier calleja perdida. Quizá alguna señora rica y sin hijos. Después... ¡Quién sabe lo que pasaría después! La lactancia, los paseos en un carrito, con un sonajero de cascabeles en la tierna manita. Y al final... ¡Oh! El final daba espanto. Cumplir su destino de hombre que vive al revés y refugiarse en el seno de la señora rica —puede que cuando ella durmiese— para ir allí consumiéndose hasta transformarse primero en una sanguijuela, después en un corpúsculo, y luego en pequeñísima simiente...

El vagabundo se levantó muy pensativo, con las manos en los bolsillos, y comenzó a pasear muy amargado. Finalmente dijo:

—Me explico, sí, me explico que se diese un tiro en la sien el pobre muchacho.

Los cuatro bebedores de aguardiente, creían. Los cinco de albariño, sonreían y dudaban. El tabernero negaba. Cuando todos discutían más animadamente, el tabernero de pronto se levantó de puntillas y se puso a mirar alrededor con los ojos muy abiertos. El vagabundo había desaparecido sin pagar.

\*\*\*

***Relatos extraídos de Los Archivos Del Trasgo  
Rafael Dieste. 1926***

*Recogidos en la Antología Española de Literatura Fantástica  
Selección de Alejo Mtnez. Martín. Editorial Valdemar 1994*